

vés de la formulación de preguntas», defiende la llamada por Holmes «Ciencia de la Deducción y del Análisis». Si, como se sabe, a partir del *Tractatus* de Wittgenstein las verdades lógicas son tautológicas, o, lo que es lo mismo, no aportan información, el método de Holmes, abducción para Peirce, supone una aportación a la lógica filosófica según Hintikka. Lo que hace Holmes en sus llamadas deducciones no es tanto sacar inferencias explícitas de premisas explícitas. Con frecuencia, dice Hintikka, extrae de una masa de información de fondo no asimilada las premisas adicionales pertinentes por encima y al margen de las que se hubieran anunciado como tales, de las que puede sacarse la conclusión aparentemente sorprendente por medio de nuestra familiar lógica deductiva común. Lo importante son las preguntas: una pregunta puede ser mejor que otra en el sentido de que las respuestas a la primera serán más informativas que las respuestas a la segunda. El proceso de activación del conocimiento tácito es controlado por las preguntas que sirven para hacer efectiva esta información.

Mediante el estudio de las preguntas, y del modo en que limitan sus respuestas, es como Hintikka estudia la «Ciencia de la Deducción» holmesiana tal como la describe el Dr. Watson en *Estudio en Escarlata*.

Umberto Eco, además de compilador, contribuye con un texto, «Cuernos, cascotes, zapatos: algunas hipótesis sobre tres

tipos de abducción», donde su pasión por la taxonomía le permite distinguir tipos de abducción (hipocodificada e hipercodificada...), así como hablar de meta-abducción y relacionar el problema de la definición en Aristóteles (*Análiticos segundos*) el tercer capítulo de *Zadig* de Voltaire, las teorías de Peirce y las abducciones de Holmes.

En un pasaje de su texto metacomunica la justificación de un libro tan aparentemente inconexo como éste, donde hay aportaciones no comentadas de semiólogos, psicólogos sociales, filósofos, etc.: «Los descubrimientos científicos, las investigaciones médicas y criminales, las reconstrucciones históricas, las interpretaciones filológicas de textos literarios (atribución a un autor determinado fundada en claves estilísticas, *Fair guesses* sobre frases o palabras perdidas) son todos casos de *pensamiento conjetural*.

Esa es la razón por la que, creo yo, el análisis de los procedimientos conjeturales en la investigación criminal puede arrojar una nueva luz sobre los procedimientos conjeturales en la ciencia, y la descripción de los procedimientos conjeturales en el campo de la filología puede arrojar nueva luz sobre la diagnosis médica. Y esta es la razón por la que los trabajos del presente libro, aunque traten de la relación Peirce-Poe-Conan Doyle, constituyen una aportación de carácter más general a la epistemología.

Jorge Lozano

Stampa, Radio e Propaganda. Gli alleati in Italia (1943-1946)

Alejandro Pizarroso Quintero.
Milán, Franco Angeli, 1989, 313 págs.

Un historiador español, profesor de Historia del Periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información de Madrid, ha publicado en Italia un volumen sobre la propaganda y el control de los medios de comunicación bajo el régimen de ocupación aliado en Italia de 1943 a 1946. La obra se publica dentro de la Colección del Centro Studi sul Giornalismo Gino Pestelli di Torino, que alcanza con este volumen su vigésimo número y que ofrece un excelente panorama de monografías sobre historia de la prensa italiana e internacional. La obra del profesor Pizarroso se basa, sobre todo, en documentación original procedente de la Sección Militar de los National Archives de Washington, así como de otros archivos italianos y también británicos. Incluye además un apéndice que reproduce una interesante selección de estos documentos.

Un grupo de periodistas ingleses y norteamericanos, todos ellos muy jóvenes y en uniforme militar, al lado de otros ofi-

ciales de carrera, tuvieron por delante la tarea de «imponer» el retorno a la libertad de prensa en un país ocupado. Sus éxitos y sus errores dejaron una huella reconocible, hoy todavía, en el mundo de la prensa y la radio italianas. En un informe oficial de 22 de agosto de 1944 podemos leer lo siguiente: «Un experimento único en la historia del periodismo y quizá único en la historia de la guerra, es decir, la institución de la libertad de expresión de la palabra impresa en una población de ex enemigos que no había gozado de tal facultad durante dos generaciones, y la promoción de una prensa libre en un país que era todavía teatro de operaciones.» Estas palabras se deben a la pluma de Ian S. Munro, entonces teniente coronel del ejército británico y que, con sólo veintiocho años de edad, era el máximo responsable ejecutivo del Psychological Warfare Branch (Sección de Guerra Psicológica) y del Allied Publications Board (Junta Aliada de Publicaciones).

Durante la Segunda Guerra Mundial, la batalla de la propaganda y de la información tuvo una gran relevancia. La situación se había modificado respecto a la Primera Guerra Mundial: había aparecido un nuevo canal de propaganda, la radio, y algunos países fueron ocupados durante largos periodos, lo que no sucedió en la misma medida en la Gran Guerra. En 1939, mientras que las potencias del Eje disponían ya de sólidos aparatos de propaganda al comienzo de las hostilidades, los aliados hubieron de improvisarlos sobre la marcha. En el caso británico, la experiencia de la Primera Guerra Mundial, la experiencia colonial y los programas en lengua extranjera de la BBC fueron suficientes para dar vida a un sistema mínimamente eficaz. Los americanos, en cambio, partían casi de cero. Ingleses y norteamericanos crearon distintos organismos civiles para emprender estas tareas de propaganda y, dentro de sus respectivos Ejércitos, reclutaron a periodistas con experiencia que colaboraban con otros oficiales de carrera.

En la Gran Guerra, la propaganda alemana, rigidamente dirigida por el Ejército, fue un fracaso, sobre todo si la comparamos a la eficacísima propaganda británica dirigida, por

ejemplo, a los Estados Unidos neutrales. Los alemanes también fracasaron en la Segunda Guerra Mundial. La ocupación de Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega, ya fuese bajo directa administración alemana, ya a través de un gobierno fantoche, dio lugar a un enorme despliegue propagandístico, además del control de la información. Pero salvo algún éxito parcial, su penetración popular dejó mucho que desear.

Los aliados quisieron evitar los excesos de la Gran Guerra. Se evitó incluso la utilización de la palabra «propaganda», sustituyéndola por «información» (Ministry of Information en Gran Bretaña, o bien Office of War Information en los Estados Unidos). Cuando se preparaba por primera vez la ocupación de un territorio enemigo (Norte de África, 1942-43), ingleses y americanos comenzaron a colaborar más estrechamente con la creación del Psychological Warfare Branch, que, entre otras cosas, era también responsable de la administración relativa a los medios de comunicación en los territorios ocupados. El PWB se estructuraba como un organismo «integrado», en cuya jerarquía se alternaban en un equilibrio, algunas veces difícil, británicos y norteamericanos. El acuerdo Darlan-Clark y la cesión de competencias en materia de información a las autoridades de la Francia Libre redujo al mínimo la actividad del PWB en el Norte de África, salvo en el control de la radio. En Italia, en cambio, el PWB operó en todos los campos desde la invasión de Sicilia, en julio de 1943, hasta el cese del régimen de ocupación, en diciembre de 1945. Sobre el mismo modelo que dio vida al PWB se basó la actividad de la Psychological Warfare Division en la liberación de Francia y en la ocupación de Alemania; aunque en Francia el nuevo gobierno francés fue el responsable de la política informativa, y en Alemania, al ser dividida en zonas de ocupación, cada una de las potencias aplicó una política distinta. En Italia, la política informativa, como en general todo el régimen de ocupación, fue el fruto de la colaboración de británicos y norteamericanos en organismos integrados con personal de ambas potencias.

Si Francia representa claramente el caso de un país *liberado* y Alemania y Austria son obviamente países *ocupados*, Italia es inicialmente un país *ocupado* en cuanto miembro del Eje. Pero por la colaboración de la Resistencia y los aliados, además del reconocimiento de la cobeligerancia del gobierno monárquico, fue también en cierta medida un país *liberado*. Por otra parte, Italia fue teatro de operaciones durante casi dos años, muchísimo más tiempo que Francia (desde Normandía) o Alemania. Todo ello da al caso italiano una riqueza y complejidad de situaciones verdaderamente apasionantes para el historiador de la Segunda Guerra Mundial.

Curiosamente, en la historiografía italiana dedicada a este período son mínimas las referencias a esta cuestión. Del mis-

mo modo, en las obras sobre la historia de la prensa italiana se ocupan del control aliado de la prensa y la radio sólo de pasada y sobre la base de testimonios personales. La obra de Pizarroso, pues, con un sólido aparato crítico documental, viene a colmar una laguna en este terreno.

La obra se divide en dos partes. En la primera se describen las organizaciones aliadas de propaganda de guerra y la evolución de su política en ese campo con referencia a Italia. En la segunda, siguiendo un criterio cronológico y geográfico, se describe y analiza la aplicación de esta política sobre el terreno, coincidiendo sus variaciones fundamentalmente con las tres campañas militares de 1943 (sur), 1944 (centro) y 1945 (norte). El Allied Military Government controlaba directamente la prensa y la radio en la Italia ocupada, autorizando o denegando licencias de publicación y publicando además, bajo la directa supervisión del PWB, una serie de diarios y revistas. El PWB actuaba también como única agencia de noticias, valiéndose de la United Nations News. En cuanto a la radio, su control fue muy estricto, pues las emisoras disponibles se utilizaban para la propaganda dirigida al enemigo. En todo caso, los aliados propiciaron el nacimiento de una nueva sociedad, que es la actual RAI.

Escribe Pizarroso: «En la primera fase, el programa aliado era extremadamente simple: romper con el pasado y asegurar con sus propios medios y con un rígido control de las publicaciones locales autorizadas una información tendente a apoyar sus propios objetivos militares.» Pero el armisticio, el reconocimiento del Reino del Sud, la admisión como cobeligerante de la nueva Italia y la irrupción del antifascismo y la Resistencia complicaron las perspectivas aliadas. En Roma, después de junio de 1944, los aliados hubieron de bregar con la exuberancia de publicaciones de los partidos políticos, particulares, etc. A partir de Florencia (agosto de 1944) entraron en contacto por primera vez con una Resistencia organizada, que, a través de los Comités de Liberación Nacional, tenía una propia política en todos los terrenos, también en el de la información. Poco antes de la última gran ofensiva que liberaría el norte de Italia (marzo-abril de 1945), la actitud aliada en este terreno había cambiado sustancialmente.

De todos modos, después del nacimiento de numerosos periódicos de los CLN y de todos los partidos políticos, los aliados en la última fase propiciaron el mantenimiento de las viejas cabeceras tradicionales que habían colaborado con el fascismo. Además, las depuraciones nunca fueron llevadas hasta el extremo. Y después de varios procesos judiciales, la mayoría de los viejos propietarios recuperaron entre 1946 y 1947 las grandes cabeceras. Las aguas habían vuelto a su cauce.

María Antonia Paz